

**“Prêt-à-Porter”**

**Edmundo Berumen y Eduardo Bohórquez\***

**Octubre de 2007**

Nada más audaz en los sesenta del siglo pasado que la industria del “Prêt-à-Porter”. Ilustración perfecta de la modernidad, el concepto era sinónimo de estandarización, velocidad, practicidad y por supuesto, moda. El Prêt-à-Porter fue una verdadera revolución de masas, llevando conceptos refinados al gusto popular de manera ágil y casi instantánea. Aunque el concepto cobró notoriedad en el terreno de la moda, la idea ya tenía presencia en otros menos populares obtuvo un éxito explosivo y benéfico a nivel global algunas veces, pero también provocó consecuencias nocivas de largo plazo en otras ocasiones.

La imprenta, por ejemplo, ha permitido llevar bajo el brazo sabiduría, historia, música, parajes desconocidos, prosa, poesía, religión y hasta conocimientos profundos sobre materias ininteligibles; pero también a puesto al alcance “recetas” catastróficas para la manipulación y control de masas, la identificación de ingredientes y mezclas de estos para elaborar venenos o, incluso, diseños detallados para artefactos de detonación atómica. Prêt-à-Porter con efectos positivos, pero también perniciosos.

En el mundo finisecular, el “software” se extendió de forma virulenta, exponencial, y llenó el mundo con un nuevo lenguaje, basado en interfases que facilitan al usuario complejísticas funciones matemáticas. Existe software para escribir textos como este, para realizar operaciones estadísticas, para diseñar libros, para captar y transmitir “en vivo” eventos que están ocurriendo en cualquier latitud y longitud, o incluso en el espacio sideral. Y con el software, su complemento perfecto, el “hardware”, que se multiplicó en la llamada portabilidad vía “lap-tops”, “i-pods”, “hand-helds”, teléfonos celulares y todo tipo de artefactos miniaturizados que llevaron la tecnología y la facilidad de comunicación “en tiempo real” a todos los rincones del mundo.

A nivel de nuestro muy mexicano pueblo, siglos atrás ya se reflejaba en el consabido estribillo “se lo envuelvo o se lo lleva puesto marchantita”.

Y finalmente el Prêt-à-Porter que trata esta nota, el de mediciones mediante encuestas probabilísticas en hogares (nos restringimos sólo a las que se preocupan de contar con un diseño mínimo para sustentar inferencias estadísticas válidas). El “listo-para-usarse” del conocimiento estadístico en el campo de encuestas.

En los últimos cincuenta años, las encuestas probabilísticas pasaron de moda elegante de matemáticos y estadígrafos, y de una elite política, a una herramienta de la vida cotidiana.

Los ejemplos son muchos, pero nuestra experiencia recuerda particularmente el caso de las encuestas de empleo. El sólido y exitoso trabajo a lo largo de 40 años de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para arribar a una metodología operativa que midiera el menor “quantum” de empleo, aunado a la exitosa puesta en práctica del

---

\* Director Ejecutivo , Fundación Este País, A.C.

Current Population Survey (CPS) en los Estados Unidos, fomentó que cundiera el modelo del CPS de manera global y, en particular, en nuestro país desde 1960. Inició así una estadística “pret-a-porter”, una forma de compararse, de medirse contra raseros comunes, de “evidenciar”, con las restricciones y limitaciones del caso, lo que funciona y lo que no funciona en el mundo; una forma de medir avances en agendas específicas y tratar de evaluar el impacto de las decisiones político-administrativas.

¿Y cuál es el pero? Aaaaahhhh, pero lo hay y es el siguiente. Resulta que al “calcar” el modelo CPS se ignoró la consideración del porque de la desagregación a nivel ciudad de los resultados al norte del Río Bravo. Qué importa que aquí, en nuestro país, la capacidad de reacción a nivel ciudad (decisiones político-administrativas-presupuestales para incidir en el nivel de empleo en el sentido deseado antes de la siguiente medición para observar impacto) para la última medición y la anterior, y la anterior, ..., sea prácticamente nulo o inexistente. Y a pesar de lo anterior, qué importa que las mediciones tengan tan alto costo, mes a mes, trimestre a trimestre. “La Academia” feliz, cuenta con series invaluable para hacer investigaciones sesudas que ya han brindado múltiples hallazgos valiosos que explican varias facetas del empleo.

El ciclo, una vez más, se repite. En 1999, un grupo de ciudadanos mexicanos estimaron que las mediciones de percepción de la corrupción resultaban incompletas. Estos ciudadanos, organizados alrededor de “Transparencia Mexicana”, decidieron llevar más lejos el esfuerzo realizado por su red global, “Transparencia Internacional”, y convocaron a un grupo de casi veinte mexicanos a trabajar voluntariamente durante casi un año, para diseñar un instrumento que identificara la corrupción en la vida cotidiana de los hogares del país. Del diseño se pasó a la práctica, y con lo que constituye ya la única serie histórica de medición de una de las facetas de la corrupción en el país (aquella que se presenta de manera cotidiana cuando los hogares buscan, solicitan o acceden a algún servicio público, ya sea proporcionado por algún nivel de gobierno federal o local, o en ciertos casos por la iniciativa privada) lograron atraer la preocupación y ocupación de autoridades federales y locales por fomentar una sana competencia entre las 32 entidades federativas y sus respectivas sociedades, por reducir la incidencia de corrupción y, ¿por qué no?, por mejorar también su posición en el “ranking” correspondiente.

El impacto del Índice Nacional de Corrupción y Buen Gobierno<sup>†</sup> y su serie histórica 2001-2003-2005, lo han convertido en un “Prêt-à-Porter” de la región latinoamericana. A la fecha, la metodología diseñada en México se ha replicado en países como Perú, Bolivia, Guatemala, Ecuador, República Dominicana y Nicaragua, por solo citar aquellos donde la innovación metodológica mexicana ha sido atendida.

Las réplicas han traído enseñanzas valiosas, así como señales de precaución y cautela.

Entre los datos sorprendentes y valiosos está el nivel del principal indicador, el Índice Nacional de Corrupción, que muestra la frecuencia con la que los hogares

---

<sup>†</sup> El Índice de Corrupción y Buen Gobierno mide la relación entre hogares y gobiernos para un número seleccionado de trámites y servicios. Se entrevista a cerca de 16 mil hogares en el país y se pregunta por la experiencia vivida en cada uno de los contactos entre autoridades, concesionarios y ciudadanos. A diferencia de una encuesta de percepción, el INCBG busca registrar la experiencia vivida, más que la imagen de un funcionario, gobierno, institución o trámite.

reconocieron haber incurrido en un pago irregular (soborno, mordida, coima, a nivel de servicios cotidianos que ocupan, a pesar de ser listas diferentes) en cada uno de los distintos países encuestados.

Los resultados muestran que la frecuencia (en un índice cuyo menor valor es cero y el mayor 100) se encuentran en rangos comparables, sin importar el país en donde se haya realizado el levantamiento.



En nuestros países, la pre-concepción popular, y aún la educada, es que “la corrupción somos todos” (¿recuerdan la celeberrima obra de teatro?) y que está en “todos lados” (lean cualquier periódico, cualquier día de la semana), y que no hay trámite de servicio público alguno en donde no se requiera el pagar algún tipo de mordida. Sin embargo, en los servicios públicos medidos a nivel de los hogares en cinco países de la región, los resultados dicen que al menos **9** de cada **10** trámites se realizan sin que los hogares declaren o consideren la mediación de un pago, de un soborno o mordida. Y, aunque ese **uno** de cada **diez** representa un gran impacto económico para los hogares latinoamericanos entrevistados, la frecuencia con la que se presenta el evento podría ser controlada satisfactoriamente.

Es cierto que no toda forma de corrupción adquiere una representación monetaria –el tráfico de influencias o el intercambio de favores son buenos ejemplos –pero los primeros datos comparables entre estas encuestas sugieren que la corrupción puede ser controlada y se encuentra en rangos similares entre los países encuestados.

La corrupción asociada con la provisión de servicios públicos presenta una frecuencia consistente en cuando menos cinco países que viven en condiciones de pobreza y desigualdad diferentes. La explicación de este fenómeno no puede limitarse a una crisis de valores.

La historia y tradición cultural de esos países puede reforzar la presencia de corrupción, pero la consistencia en los resultados del índice parece describir también comportamientos sistémicos en ciertos trámites y servicios comunes en estos países.

¿Sorprendente? No necesariamente. Lo que los resultados de los índices de corrupción nos indican es que este fenómeno no es exclusivamente cultural, y que junto o detrás de él, hay también causas sistémicas que están afectando las relaciones entre gobiernos y ciudadanos. Así, establecer qué determina la corrupción puede convertirse en una indagación mixta. Ciertamente, las sociedades latinoamericanas encuestadas viven en un entorno cultural propicio para la corrupción, con una percepción social de corrupción generalizada, pero también funcionan con sistemas en los que las fallas en la provisión de bienes y servicios facilitan la presencia de este mal.

La simetría entre los niveles de corrupción de los diversos países, parecen indicar estos estudios, permite observar que, ante servicios y trámites similares, los resultados de los distintos países *pueden* ser similares y las frecuencias de soborno relativamente comparables.

En los distintos países donde se levantaron encuestas, los temas vinculados con la seguridad pública parecen llevarse las palmas de la corrupción en hogares. Los ciudadanos de estos países reportan que, en temas vinculados con la seguridad de la ciudadanía, la respuesta institucional es pobre y la corrupción se hace necesaria.

Análisis similares pueden realizarse para aquellos trámites y servicios que son equiparables en los países encuestados.

Determinar el grado en que los factores culturales predominan sobre los sistémicos, o a la inversa, requerirá de mayor análisis e investigación de los resultados obtenidos.

Las encuestas de Nicaragua, República Dominicana y Ecuador apenas están siendo terminadas y el trabajo de estandarización de la información recabada apenas empieza. Pero, en esta etapa, en la que nuevos países se van incorporando a la metodología Prêt-à-Porter de Transparencia Mexicana, una conclusión preliminar empieza a florecer: la presencia de corrupción en la provisión de servicios públicos, concesiones y trámites, opera de forma comparable con otros temas tradicionales de operación de mercados. La corrupción, como toda epidemia, crece donde hay condiciones propicias, se trate de factores demográficos o culturales. Y como toda epidemia, también está exenta de ser catalogada como una característica propia de las sociedades latinoamericanas. La corrupción no es endémica de la región latinoamericana ni de su cultura, sino de un fruto lamentable de sistemas mal diseñados y operados, con un toque de valores profundos que nos hacen pensar que todos somos corruptos.